

Las Humanidades en la Universidad: si quieres ser feliz como me dices...

Publicado como "Las Humanidades en la Universidad: si quieres ser feliz como me dices...", en Luis Palacios, Ed. *Donde habita el olvido. Las Humanidades hoy*, CSED, ISBN 978-84941033-9-1, Madrid 2013, pp. 261-265.

No en vano se dice que la mejor forma de conocer nuestra idiosincrasia española se encuentra en el refranero, y muchos serían los que atribuyeran sin demasiadas dudas a esa fuente popular la conseja que se sugiere en el final del título con que encabezó estas líneas. Errarían, sin embargo. El dicho que reza "Si quieres ser feliz, como dices / no analices, muchacho, no analices" no se encuentra en ese tesoro de la lengua popular, sino que pertenece a un poema de Joaquín Bartrina, un autor bastante olvidado que vivió en la segunda mitad del XIX. El pareado, pese a la intención irónica del poeta catalán, acertó a expresar bien el lema de esa tendencia tan típicamente sanchopancesca, que es nuestro auténtico emblema frente al quijotismo que tienden atribuirnos quienes no nos conocen demasiado bien. Esta manera de vivir, supuestamente natural, se apoya en la suposición de que puede resultar fácil lograr la plenitud sin apenas ocuparse de cuestiones intrincadas, y asume que el afán de saber por el mero saber no puede causar sino molestias, constituyendo, en todo caso, una paradójica necesidad, ya que se da por hecho que la inteligencia ha de emplearse, en exclusiva, para tratar de ser ricos y poderosos, jamás para intentar ser sabios, pues estos suelen ser gentes desaliñadas, inútiles, tipos despistados y desagradables. El refranero abunda, en todo caso, en moralejas muy similares, aunque, como es sabido, tenga de todo.

La recomendación de no analizar, de no complicarse la vida dando vueltas a las ideas, es la máxima que guía la vida de cuantos se atienen a una actitud pasiva y acrítica, a quienes piensen que la política es un rollo, o que la historia es un cuento, o que la filosofía es un disparate, a quienes se pasan las horas muertas ante el televisor contemplando memeces, pero también la de quienes vienen a la Universidad a *tomar apuntes* con el fin de repetirlos en el examen y *sacarse* el título correspondiente y creen que tan solo se trata de eso, olvidando que existen, o debieran existir, las Bibliotecas, las consultas al profesor, los seminarios de debate e investigación, el estudio personal, las actividades culturales y un largo etcétera.

Ya es lamentable que esa actitud pueda considerarse popular, y que lo sea efectivamente, pero que esa sea la disposición que, en demasiadas ocasiones, ha llegado a predominar en las aulas

universitarias resulta ser absolutamente lamentable. Para nuestra desgracia, la Universidad española continúa pareciéndose demasiado a aquella de la que Ortega hizo un cruel retrato hace ahora cien años, esa Universidad fantasma en que "la sombra de un profesor pasa lista sañudamente a las sombras de unos estudiantes"¹. Sería ridículo pretender dar razón de tal desastre en unas pocas líneas, pero, sin duda, una de las causas está en el excesivo aprecio que se ha reservado a la utilidad en nuestra tradición cultural. Se trata del vicio *practicista* que censuró agriamente el único científico de primerísimo talla internacional que, para nuestra desgracia, ha producido la universidad española, Santiago Ramón y Cajal, quien, en un discurso que dedicó en 1905 a conmemorar el tercer centenario del Quijote, escribió: "nuestros científicos hicieron siempre gala de desdeñar los temas de pura investigación, las verdades especulativas despojadas de aplicación útil; sin echar de ver, según les ocurre hoy mismo a muchos intelectuales, que la ciencia llamada práctica está indisolublemente unida a la abstracta o idealista, como el arroyo a su manantial. ¡Extraña aberración, propagada por la rutina, y tan vituperable, como sería la del labrador que diera en la manía de arrancar las flores para acrecentar los frutos! ¡Cómo habría de medrar el jardín de nuestra cultura si nos hemos pasado tres mortales siglos desdeñando o arrancando la flor de las ideas!". Independientemente del juicio histórico que merezca el análisis cajalano, nuestro hombre pretendía convencer a sus contemporáneos, y es propósito que sigue siendo válido ahora, de que un universitario no se puede limitar a repetir, sino que ha de procurar innovar, que no puede restringirse a la utilidad, que ha de ser ambicioso, atrevido, incluso irreverente. Este desapego por el esfuerzo que no se traduzca de inmediato en bienes tangibles, que no garantice un rendimiento acorde e inmediato, está tras el desden de muchos hacia la teoría, y hacia la propia ciencia. Es verdad que, en ocasiones, se ha abusado, somos una cultura muy barroca, de la palabrería o de un conceptismo ritual y brillante como el que irritaba a Julio Caro Baroja, pero en la falta de aprecio al estudio, el debate de ideas o la simple lectura hay causas menos nobles que un sano empirismo.

Pues bien, parece bastante obvio que es imposible cultivar el espíritu para que sea capaz de ser original, audaz y creativo si la Universidad se olvida de entrenar a sus alumnos en las cuestiones generales, esas que genéricamente llamamos *Humanidades* para dar a entender, precisamente, que no son estudios encaminados directamente a la utilidad profesional, sino que van, en muy otra dirección, a ampliar un horizonte intelectual que no puede descuidarse, sin el que el especialista se quedaría reducido a un mundo cada vez más pequeño, más miope, más efímero e insignificante. Suele cometerse al abuso

¹ José Ortega y Gasset, "Artículos (1910-1913)", en *Obras Completas*, I, p. 127, Revista de Occidente, Madrid 1963.

de emplear el término *real* para referirse a ese mundo estrecho y oscuro, pero en verdad está, en el fondo, muy lejano de lo que indudablemente importa.

Suelo recomendar a mis estudiantes de ingeniería la lectura de una de las obras mejores de Ortega, su *Meditación de la técnica*, uno de los libros más elogiosos y profundos que se hayan escrito sobre la importancia y los valores de la técnica, una dimensión del pensamiento y la cultura humana sin la que, según el filósofo, el hombre no hubiera ni siquiera llegado a serlo. Pues bien, en esas lecciones se contiene una advertencia, que se puede considerar profética por la fecha en que fue hecha, en 1933, a propósito del mundo en el que los ingenieros que le escuchaban habrían de vivir: "Vean, pues, los ingenieros cómo para ser ingeniero no basta con ser ingeniero. Mientras se están ocupando en su faena particular, la historia les quita el suelo de debajo de los pies. Es preciso estar alerta y salir del propio oficio: otear bien el paisaje de la vida que es siempre total. La facultad suprema para vivir no la da ningún oficio ni ninguna ciencia: es la sinopsis de todos los oficios y todas las ciencias, y muchas otras cosas además. Es la integral cautela. La vida humana y todo en ella es un constante y absoluto riesgo"².

La vida humana ha sido siempre problemática y no parece que esta condición vaya a cambiar mucho en el futuro. No basta enfrentarse a ella con los útiles que proporciona una profesión, por más que sean indispensables. El común de los mortales puede, acaso, conformarse con repetir cuanto ha aprendido, lo que oye, con atenerse a las ideas comunes, pero al universitario se le debe exigir algo más, no sólo que sea un profesional competente, sino que sepa analizar con un mínimo de rigor la compleja realidad en que vive, y eso no puede hacerse con las solas armas de ninguna ciencia, de ninguna especialidad. Se precisa un determinado bagaje de ideas que solo se pueden adquirir y poseer si se tiene una actitud positiva ante la filosofía, la política, la historia, las artes y, en general, las formas vivas de la cultura contemporánea que se nutren del pasado aunque, cuando no son superchería y un puro *épater le bourgeois*, tampoco puedan reducirse a él.

Vivir necesita un cierto nivel de alerta, y no solo en el sentido fisiológico o biológico. Nos es preciso entender un sinnúmero de signos, manejarnos en una realidad cada vez más compleja y extraña, y eso es literalmente imposible sin dedicar nuestra inteligencia a las cuestiones fundamentales de la vida, a su sentido, a lo que nos dota de esperanza, a lo que nos obliga y emociona. Se trata de cuestiones que la mayoría de los hombres no pueden abordar de una manera exclusiva o profesional, solo unos pocos tenemos el privilegio de poder hacerlo, pero sí que es necesario que

² José Ortega y Gasset, *Meditación de la técnica*, p. 39, Revista de occidente en Alianza editorial, Madrid, 1996.

todos los hombres cultos, en el sentido clásico de la expresión, que, por supuesto, incluye inexcusablemente también a las mujeres, puedan alcanzar un nivel de conocimientos que les permita orientarse en esa confusa selva de nociones, a veces imprecisas, a veces contradictorias, con las que tenemos que comprender y valorar lo que más importa en esta vida. Ese es el fin y el preciso valor de los estudios humanísticos y culturales que se convierten en una caricatura idiota cuando se transforman, sin más, en una *asignatura*, en un recetario de urgencia para no se sabe muy bien qué.

A mis alumnos de Biología les hago leer otra obra excepcional, las *Reglas y consejos sobre investigación científica. Los tónicos de la voluntad* del ya citado Ramón y Cajal. Se trata de un texto por el que no han pasado en vano los años, pero su misma lectura enseña, por ejemplo, que el lenguaje que nos parece tan natural es un artificio histórico, y, sobre todo, que la voluntad de avanzar en la investigación y en la ciencia no puede estar separada de una intención más de fondo, que en el caso del aragonés era la redención científica y moral de España, porque "toda obra grande, en arte como en ciencia, es el resultado de una gran pasión puesta al servicio de una gran idea"³. Esta es la verdadera cuestión, no se puede hacer ciencia sin pasión, y no se puede sostener una pasión realmente valiosa sin apoyarse en una gran idea, en una concepción del mundo y de la vida, de nuestra misión personal, una actitud intelectual y una visión que exigen, al menos, ser capaz de comprender las líneas fundamentales de nuestra propia historia, abrirse a comprender las grandes cuestiones que se agitan en torno al sentido de la vida, del saber, y del creer. Sin ello nos condenaremos a ser ciegos que guían a otros ciegos, por emplear la metáfora evangélica. De eso se trata.

José Luis González Quirós

Profesor de filosofía, Universidad Rey Juan Carlos
joseluis.quirós@urjc.es

³ Santiago Ramón y Cajal, *Reglas y consejos sobre investigación científica. Los tónicos de la voluntad*, p. 29, Madrid, Espasa, 2000.